

Que sabrosura, linda. Tremenda expresividad

Por Larry J. González

Un lobo con las fauces abiertas de par en par se dispone a tragarse un gajo con siete zarzamoras. Ahí empieza *La viña del Señor*. Sin embargo, yo dejé al lobo para después. Cambié las zarzamoras por fresas y me planté, una vez más, delante de “Que manera de quererte”.

Todo estaba pensado para que una obra como esa, que hasta ahora había sufrido algún percance para llegar a mí, gozara de su iluminado momento de esplendor. En *Bla, bla, bla* la obra cargaba con una sensación de descarga hecha en tres minutos y aunque se notaba consciente de su desfachatez y sonreía media cínica desde su retiro del centro, no le hice mucho *swing*. Tal vez la pared desde donde colgaba era una pared infeliz. Ahora todavía pienso que pudo haber sido hecha en tres minutos. El efecto de descarga continúa. No le puedo echar la culpa a una pared porque dudo que la pieza pueda estar mejor ubicada ante tal despliegue de luces. Es un cuadro grande y punto.

Sin dudas, la curaduría ha privilegiado a “Que manera de quererte” porque se integra felizmente la obra a la cuerda de *La viña del Señor*. Parece un detalle minúsculo sacado de la atmósfera enrarecida de la exposición y llevado ahora a gran escala. Casi una autocita. Al frente de “Que manera de quererte” se siente esa especie de amalgama de empastes sobre el que se levanta también “La viña”. Y es que Orestes siempre ha pintado lo mismo: desenfreno con ribetes fresas. Desde *Limonada fría* había una subversión que respiraba confiada debajo de la aparente banalidad.

No acabo con “Que manera de quererte”. Aquello es simple y llanamente una orgía. A lo mejor eso no dice mucho. ¿Una orgía de quiénes con quiénes? –sería el punto por el que preguntara yo. Agrego más: una orgía de fresas. *Fuck and strawberry*.

Fresas que se revientan unas con las otras, que la atraviesan gusanos de arriba-abajo y de abajo-arriba. Fresas voyeristas que se alinean alrededor de la cosa cruda y dura. Algunas tienen patas y manos. Una de las fresas ha llegado a un nivel de humanización tal, que porta un falo enhiesto deslizándose adentro de otra. Fruticas que se hacen rico batido. La dimensión gestual de la obra viene a colaborar con el exceso. Gozadera que se extiende desde las formas reconocibles de las frutas, hasta las sombras del fondo adoptando unas poses de obscenidad hilarantes para armonizar el entorno cargado de brochazos en tonos

primarios.

Ahora de nuevo al lobo. ¿Es un lobo, no? Tal vez de la exuberancia paradisiaca donde se halla el animal se desprende el título –pensé. El lobo no aparecía en más ningún cuadro. Pero se sentía ahí. Como todos los demás personajes. Implícitos en algún lugar de las narraciones que no contenían su figura. Apenas una sensación. Subtextos detrás de tanta maleza. De esta manera el autor despliega un recurso que puede ser entendido como una especie de mascarada y que se despliega por toda la muestra con un sentido totalizador. Por donde agarres la exposición ese tono persiste. Los personajes saltan de un cuadro a otro con un grado pasmoso de afinidad. La jungla esconde detrás de cada fragmento supuestas representaciones que no llegan a salir del todo. Se esboza un hálito vivificante debajo de cada mancha. Orestes ha logrado una retórica que despliega las obras con sentido de pertenencia hacia un espacio ficcional de aliento fabulador. Hacia una intensidad cromática que va moviéndose en las gradaciones de la espesura por donde andan sus rarezas.

La viña del Señor es de una referencialidad lingüística amorfa. Uno siente que el autor estuvo jugueteando con disímiles referentes, pero que no te deja asirte a ningún texto específico para encontrar el sentido que te haga dialogar desde la cita. No se puede construir la obra desde referente alguno. Vuelve a enmascarar. La referencialidad late debajo de la propuesta y lo más impactante es su inoperancia y su vacuidad. Revolver la cita y disponerla toda cual suceso narrativo salido de la cabeza del autor. Un simulacro que se jacta todo el tiempo de su eficacia.

Medio shamanes, animales y bestias que parecen confiadas dentro de un ambiente que huele a insular. Imágenes psicodélicas y arrebatadoramente imaginativas. De pronto, se advierte como si algunas de estas mismas figuras sintieran una rara confusión ante la presencia foránea, que llega a vacilar frescamente, dentro de tanto primitivismo ingenuo. Otras se mantienen impasibles. Convencidas de que pueden convivir con estrambóticos. En *La viña del Señor* hay terreno para todos –podrían decir las figuras impasibles.

Exposición “*En la viña del señor*” de Orestes Hernández Palacios. La Habana, Noviembre de 2009.